

Entrevista en Gaceta de la Universidad por el asesinato del estudiante de Secundaria Julio Espósito luego de un balazo de un policía en una movilización conjunta de obreros textiles y estudiantes frente a la Facultad de Medicina el 1ro setiembre de 1969.

Gaceta de la Universidad Año XII Número 46, Octubre de 1969, Pág. 4 a 8

El testimonio del decano de Medicina

Pablo Carlevaro

LA LEVADURA HEROICA DE LOS PUEBLOS

Hace más de un mes, un grupo de estudiantes realizaban una movilización por los trabajadores textiles en conflicto. La represión policial culminó con la muerte de un estudiante, Julio Spósito. Ud. pudo presenciar los sucesos. ¿Puede relatarnos cómo ocurrieron y qué características tuvo la represión policial?

Para entender cabalmente los sucesos del miércoles 1ro. es preciso referirse, brevemente, a sus antecedentes más inmediatos. Estos son, un episodio menor que tuvo lugar el martes 31 de agosto, aproximadamente a la misma hora, y la ulterior comunicación telefónica del Ministro del Interior con el rector Maggiolo.

El martes 31, alrededor de las 7 de la tarde, una marcha a lo largo de la avenida General Flores, de obreros textiles, conjuntamente con estudiantes, llegaba al Palacio Legislativo siendo disuelta por la policía. Ulteriormente un sector de estudiantes que habían participado en la marcha, resistió la medida disolutoria y procedió a encender cubiertas – ya rituales – y a tañer las columnas de los trolebuses – también parte del ritual – en la zona de General Flores que se entrecruza con la calle Yatay. La policía procedió entonces a efectuar un nuevo intento disolutorio arrojando gases lacrimógenos en cantidad y calidad más que suficientes, y aproximó su carro lanza aguas a la esquina de Yatay y General Flores para dispersar a los estudiantes y apagar el fuego.

Por una razón meramente circunstancial que nos permite precisar el tiempo, creemos que el episodio no duró más de media hora, y en la Facultad ulteriormente todos los que estábamos seguimos trabajando normalmente y no se vivió clima alguno de ansiedad.

Enorme sorpresa nos causó enterarnos, en horas tempranas de la mañana del miércoles 1° de septiembre, que el Ministro del Interior había llamado telefónicamente al rector para formularle, en tono inusual, tajante y sin ninguna clase de consideraciones para nada ni nadie, la advertencia de que él había dispuesto que la policía entrara en los locales universitarios toda vez que fuera necesario hacerlo – naturalmente que a criterio de la policía – para apresar a los responsables de disturbios que tuvieran lugar en la vecindad de dichos locales. Expresó el Ministro, además, que desde la Facultad de Medicina se habían arrojado materiales incendiarios contra los efectivos policiales lo cual es – dado el lugar donde acontecieron los fugaces incidentes – materialmente imposible.

Si bien esta advertencia amenazante del Ministro causó enorme sorpresa por lo inusitada, mucho mayor aún fue la sorpresa dado lo dismétrico de la medida anunciada, en relación a los sucesos que la motivaban. Tal como lo dice el Rector en su rápida y contundente respuesta, no se pudo encontrar en toda la prensa de la capital una sola noticia referente a los sucesos relatados, lo cual es un índice por demás objetivo para establecer su calibración. Recién al día siguiente, el miércoles 1°, vista la represión con saldo trágico efectuada por la policía en el mismo lugar, la advertencia del Ministro del Interior pudo ser cabalmente comprendida.

La represión del miércoles

En la noche del miércoles los episodios tuvieron similares características excepto el hecho de que los estudiantes expresaban su protesta por la situación de sus compañeros misteriosamente desaparecidos: Ayala y Castagneto y que los incidentes se prolongaron algo más. La forma represiva

empleada por la policía culminó con la muerte, alevosa, del joven estudiante de preparatorios que luego se supo, era Julio César Spósito.

La muerte de Spósito – al igual que un mes atrás la de Heber Nieto – no fue, en modo alguno, la obra del azar. Todo lo contrario. Si bien hay diferencias circunstanciales entre ambas muertes, en ambas es indudable la intención de matar.

En el caso de Nieto, la muerte acontece en forma calculada, afinada, fría. Si no moría él, algún otro compañero debía morir, pues un policía de investigaciones, con mira telescópica, disparó contra el estudiante industrial con toda precisión.

La reciente muerte de Spósito – igualmente intencional – acontece en circunstancias diferentes que deben ser destacadas y analizadas con atención. En todos los últimos episodios de enfrentamiento de estudiantes con la policía se observaba una táctica represiva de la policía que aparecía, ya, como clásica.

Mantenerse a distancia, arrojar gases con pistoletas de largo alcance, arrojar o devolver las piedras inveteradas, pero siempre a distancia. Cuando tiraban balas – y lo hacían con excesiva frecuencia y reiterada imprudencia – también se mantenían a distancia, alejados de la proximidad física de los estudiantes, fuera de la antigua lucha cuerpo a cuerpo, con sable o cachiporra de palo duro en la mano. A modo de confirmación, cabe anotar que hacía muchos años que el popular “guanaco” lanza aguas no aparecía en el campo de batalla y ello, obviamente, porque su chorro de agua no es de largo alcance.

La táctica de mantener a la policía bien lejos no era casual, estaba perfectamente ajustada a una forma de movilización estudiantil que no ha variado. Antes era complementada con otras medidas tendientes a aislar el foco, a impedir su diseminación en zonas de vecindad, como la de cortar el tránsito. A mí me la relató el anterior jefe de policía Coronel Zina Fernández, para convencerme que el objetivo de sus fuerzas era preventivo más que represivo. No se trata de juzgar la autenticidad de su conducta ni la pureza de sus intenciones. Se trata, simplemente, de señalar que, cuando la policía se situaba lejos, por algo era y no por casualidad. Y, por tanto, cuando la policía deja de situarse lejos, se acerca a los estudiantes y busca el choque y la lucha física con contacto de los cuerpos, existe una evidentísima variante táctica y ello por algo ha de ser, y no por simple capricho de sus efectivos, o por mera casualidad. Cuando realmente se practicaba la táctica relatada por Zina – en cuanto concierne a la mayoría de los disturbios originados en la vecindad de las facultades de Medicina y Química – ella resultaba eficaz y relativamente escéptica. Los disturbios se hacían notorios por las desviaciones del tránsito – mal menor – y el resplandor de las cubiertas encendidas, y no por el saldo trágico de una represión criminal con muerte de jóvenes y múltiples heridos en quienes la magnitud del daño nunca es fácil prever ni calibrar.

La muerte de Julio Spósito

En la noche trágica del miércoles, la policía mató a Julio Spósito sin poder aducir razón de clase alguna. Ante el embate de las tropas, Spósito retrocedía quizás para refugiarse en el local de la Facultad de Química. En los jardines de sus inmediaciones fue golpeado desde atrás por un policía uniformado, quien luego le descerrajó un balazo con su arma, calibre 38. Para el policía que lo mató no debe haber sido suficiente golpearlo y derribarlo, sino que ha de haber sentido la necesidad de balearlo a quemarropa y además por la espalda. El joven se rehizo y prosiguió su brevísima y final carrera. Segundos después alcanzaba la escalinata de la Facultad de Química y allí caía exánime.

Sus compañeros lo creyeron desmayado y procuraron el socorro inmediato por parte de docentes del Ciclo Básico de Medicina que prestamente trajeron al lugar. Inmediatamente después llegaron el Dr. Larre Borges y sus colaboradores que estaban en el Laboratorio de Cirugía Experimental, que comparte con el Ciclo el mismo edificio. El herido ya no respiraba espontáneamente ni tenía pulso. Pese a que se le practicaron desde el comienzo maniobras de reanimación – respiración boca a boca y masaje cardíaco – y se le realizó una toracotomía y se le suturaron las heridas de bala de su corazón, el estudiante herido no pudo ser reanimado. Muy probablemente, llegó muerto al Hospital. La intervención quirúrgica permitió apreciar que a través

de las heridas de su aurícula derecha, la sangre había escapado del corazón hacia el pericardio y el tórax. El joven murió por anemia aguda. Como ha sido aclarado por los especialistas, la lesión de su aurícula no era incompatible con la circunstancia de su carrera final desesperada y breve, en busca de refugio.

Esa es la síntesis dramática del hecho que declina, más que culmina, con su muerte. Un joven de 19 años, valeroso e idealista, educado en la fe religiosa y activo propagador de ella, en circunstancias en que buscaba refugio, fue golpeado desde atrás e inmediatamente asesinado por la espalda.

Otra vez, la muerte de alguien que se refugia. Pudo más la criminalidad del asesino que el esfuerzo inmediato que hicieron los médicos por salvarlo.

El hecho en sí no es aislado. Esa misma noche, otros estudiantes también fueron heridos y, prácticamente en el mismo momento, una manifestación de obreros textiles, en otra parte de la ciudad, era igualmente reprimida a balazos por la policía.

Voceros del gobierno y hasta los propios comunicados oficiales han señalado que la lucha estudiantil es promovida con oscuros fines de sumir al país en el caos y el desorden. Sin embargo su persistencia, las víctimas que ha costado, los planteos de los estudiantes no condicen con esa versión. ¿Cuál es su opinión?

En todas partes en que hay una injusticia y opresión, siempre que una dictadura ha intentado aplastar a un pueblo, han aparecido los estudiantes con su lucha – simbólica e inmolatoria, antes que nada – ofreciendo su vida por la justicia y por la libertad, a modo de “levadura heroica de los pueblos” según palabras de Martí que el boletín del Sindicato Médico transcribe a propósito de la muerte de Heber Nieto.

Si es cierto que en todas partes del mundo los estudiantes han significado la expresión más alta de sensibilidad, en la historia de sangre y heroísmo que lleva escrita nuestra patria grande, América Latina, ello ha sido más marcado aún. Hace muy pocos días, la antigua Universidad Mayor de San Andrés en La Paz, era el último reducto que resistía

-faltan un par de líneas-

...señal de resistencia y lucha.

Más allá de la discusión, siempre abierta, acerca de métodos y de eficacia, hay algo que nadie discute más: “ los hechos demuestran que el espíritu de libertad y de justicia de la juventud de este país, al igual que su coraje, son indoblegables”, tal como afirma la declaración del Consejo Directivo Central de la Universidad de la República y como lo enseña la historia de la patria vieja.

Obviamente, no puede desligarse las luchas estudiantiles con la situación que atraviesa la Universidad, acosada económicamente, y ahora con amenazas claras de posibles violaciones de su autonomía. ¿Ud. puede darnos una interpretación al respecto?

Hace mucho tiempo que lo percibimos y lo hemos dicho públicamente. La Universidad paga un alto precio por ser la conciencia crítica del país.

Eso es lo que la oligarquía no le perdonará jamás, pero eso es, también, una medida de su dignidad. Y si el precio se quiere medir en dinero, ahí está; es la magnitud de la deuda que en flagrante incumplimiento de la ley, el Ministerio de Hacienda mantiene desde hace varios años con la Universidad y la enseñanza.

Y si el precio se mide en vidas humanas ahí está el tributo de cinco jóvenes muertos en la calle enfrentando a la dictadura.

La Universidad vive acosada y económicamente asfixiada. Ha sufrido la penuria y las dificultades más graves de toda su historia. Sin embargo, por encima de las carencias, más allá de la estrategia del enemigo, la Universidad sigue siendo – en tiempos de guerra – la casa de la educación y la cultura.

Varias entre sus facultades y escuelas tienen en marcha nuevos planes de estudio que

significan, obviamente, un impulso vitalizador hacia el futuro y la Universidad sigue siendo, aunque les pese y pretendan negarlo, la vanguardia del progreso científico y técnico del país.

Permítame – y no por localista que no lo soy – que haga mención de un solo ejemplo, porque aún estoy imbuido y contagiado de su inquietud creativa y de su mística. En el Hospital de Clínicas, que sufre carencias de todo tipo, que ha pasado angustias financieras que lo han puesto más de una vez al borde del cierre por colapso, se está desarrollando un centro de atención médica destinado a pacientes que requieren un tratamiento intensivo (C.T.I.) que constituye un servicio asistencial inédito en nuestro medio hospitalario, tanto público como privado. Allí se salvan vidas que en cualquier otro ambiente se perderían irremediablemente.

Además del progreso y del avance que esta experiencia habrá de aportar a la medicina nacional y de lo que significa como contribución al cuidado de la salud del pueblo, quiero destacar lo que importa como expresión de admirable administración de un servicio hospitalario, de vitalidad, de entereza, de creatividad, de amor por la tarea y por la gente.

Cosas muy similares podríamos decir de la Estación Experimental “Mario Cassinoni” de la Facultad de Agronomía, del Centro de Cálculo que funciona en Ingeniería, del proyectado Centro de Investigaciones Nucleares, y de tanta obra científica y docente realizada en medio de dificultades notorias, de manera casi inconcebible. La Universidad seguirá siendo auténtica mientras prosiga su lucha y su misión cargada de amor, impregnada de un sentido de servicio social.

La entrega de los jóvenes a las luchas de liberación configuran actos de amor. El uso salvaje y alevoso de las normas represivas está signado, en cambio, por el odio.

Las fronteras de la Universidad son, por vocación, el país entero. La Universidad ha comprendido, al fin, que es realmente de la República y que para ser verdaderamente libre, debe ser del pueblo entero.

Siempre hay gran distancia entre la vocación y la realidad. Siempre hay grandes dificultades para recorrerla. Sin embargo, los sentimientos de identificación que existen hoy en día entre Universidad y otros entes de enseñanza, entre Universidad y movimiento obrero, entre Universidad y pueblo, son más fuertes e indestructibles que nunca.

Quizás la policía, desoyendo reclamos y exigencias, pueda seguir matando aún más; pero nosotros somos tantísimos más que los que matan y los que mandan matar. Y la conducta de ninguno de nosotros se altera por el riesgo de una muerte que nos acecha universalmente.

Por cada mártir nuestro, brotan diez mil nuevos militantes de la tierra que fecunda su semilla, al caer.

Por cada asesino represor, miles de desertores abandonan su complicidad en la defensa de la oligarquía y de la dictadura.

En la lucha del pueblo contra el fascismo, nosotros – como los vietnamitas – somos muchos más.

Y entre nosotros, la cuestión esencial es que sepamos ser verdaderamente fraternos.

Como dijéramos pocos días atrás en ocasión del homenaje a Liber Arce, en representación del Consejo Directivo Central: “Por fin, un vehemente deseo, una anhelante plegaria por los hermanos muertos. Que esta sociedad se transforme profundamente, para que su estructura sea capaz de generar salud y bienestar, y para que su juventud fuerte y heroica, cargada de amor, sobrelleve alegre el sacrificio y la gloria de la resurrección”.